

PATRICIA SCHELL

*Universidad Católica Argentina
Santa María de los Buenos Aires*

Josef Pieper y la acedia: la causa afectiva de ciertas deformaciones intelectuales

Es llamativo cómo Pieper en la introducción a su obra *Las virtudes fundamentales* intenta destacar la misteriosa conexión entre la salud psíquica y la santidad. La integridad de la persona humana, la armonía, aún en el plano de la vida psíquica natural, está en la misma línea de una existencia orientada al fin último de la vida humana: Dios. Ello es claro para el prudente¹.

De modo que un adecuado conocimiento del hombre no puede renunciar a la consideración de su auténtico fin.

Como contrapartida de esto, el olvido o la renuncia a este fin, sólo pueden derivar en una deformación, teórica y práctica, de la verdadera vida humana.

Nadie duda de que nuestra época se caracteriza por un acentuado interés por el hombre, una paradójica confusión sobre su naturaleza y un rechazo a Dios como autor y fuente de su felicidad. Entre los méritos que podemos adjudicarle a Pieper es el ayudarnos a considerar la conexión que existe entre estos hechos. Inspirado en Santo Tomás de Aquino y en la doctrina clásica, sus reflexiones nos permiten comprender hasta qué punto ciertas deformaciones intelectuales, sobre todo las que se refieren a la imagen que el hombre tiene de sí mismo, suelen tener una causa afectiva: la tristeza por el bien divino. En una época en que se culpa solamente a la inteligencia y se sobrevalora lo afectivo no es inútil meditar sobre ello.

Cuando el hombre alcanza un elemental grado de desarrollo en su capacidad cognoscitiva, en lo primero que se le ocurre pensar es en sí

¹ PIEPER, J., *Las virtudes fundamentales*, Bogotá, 1980, 18: "La prudencia es uno de los «lugares» del espíritu en que se hace visible la misteriosa conexión entre salud y santidad, enfermedad y pecado. Una doctrina del alma (psicología) que no haga, a sabiendas, caso omiso de estas realidades podrá adquirir, seguramente, desde esta posición, una visión de relaciones muy honradas".

mismo². Hay por ello en él una inclinación natural a conocerse y amarse, y por lo tanto a buscar su propio bien.

Lo más propio del hombre y lo principal en él es su naturaleza racional. De modo que apreciando los bienes proporcionados a esta naturaleza el hombre se conoce adecuadamente y se ama rectamente.

Como enseña Santo Tomás de Aquino los buenos aprecian en sí mismos como principal su naturaleza racional, es decir el hombre interior, y se estiman en ello; los malos, en cambio, consideran que lo principal es la naturaleza sensible y corporal, o sea, el hombre exterior. Por eso al no conocerse bien no se aman de verdad a sí mismos, sino que aman lo que creen que son. Los buenos, en cambio, conociéndose bien, se aman de verdad³.

De modo que la imagen que cada uno forja de sí mismo no está desconectada de lo afectivo, sino que se adecua justamente a aquello en lo que uno tiene puesto el corazón, como enseña el evangelio allí donde esté tu tesoro estará tu corazón.

El hombre busca conocerse y amarse, pero esta tarea supone un esfuerzo ya que si bien estamos inclinados a conocernos naturalmente, llegar a comprender acabadamente nuestra naturaleza es una empresa difícil y expuesta a muchos errores.

Sobre todo porque como nuestro conocimiento comienza por los sentidos, la primera tentación es quedarnos en este plano e identificar nuestra naturaleza con lo sensible (el hombre exterior), lo cual es propio de una visión superficial.

Este y otros muchos errores hacen que el hombre se forje una imagen distorsionada de sí mismo y de la realidad.

Es en la vida intelectual en donde se hace más palpable esta realidad, porque ella desarrolla, cuando es ordenada, la mente humana. Pero por estar asociada a tan alto ideal está también por eso expuesta a muchos errores.

De modo que a primera vista lo que se le exige al intelectual es un esfuerzo, un acto de grandeza, para superar la periferia y alcanzar su bien más propio. Este fin, como diría Pieper, tiene algo de heroico. La grandeza y la altura de esta vocación traen aparejada la responsabilidad de la fidelidad a lo real.

Esta verdad, tan cara al pensamiento clásico y tan ajena al mundo contemporáneo, no deja de resonar en la obra de Pieper.

El hombre está llamado a una vocación muy alta, que manifiesta la nobleza del ser que recibió, sin embargo muchos de los males que le vemos sufrir son consecuencia de la oculta rebeldía ante esta vocación y

² *Summa theologica*, I-II, c. 89, a. 6.

³ *Summa theologica*, II-II, c. 25, a. 7.

del intento, en algunas ocasiones desesperado, por liberarse de la filiación divina que a tanto obliga⁴.

Esta suerte de enfermedad, que corroe por dentro el bien más profundo del hombre, ha recibido por parte de la tradición el nombre de acedia. Es de notar, como lo señala nuestro autor, el olvido que se ha generado en torno a esta expresión, quizá como síntoma de la negación de su importancia⁵.

La acedia, justamente se opone a la grandeza del ánimo con la que el hombre debería lanzarse a la consecución de su bien máspreciado, que por su influjo termina viéndose como un mal. Aquel que es afectado por este vicio sucumbe en la tristeza porque deja crecer en su corazón la desconfianza en Dios, a quien ve como despótico, ya que le impone un modo de ser que rechaza, pues como enseña San Agustín el que no está con la ley está bajo la ley y es oprimido por ella⁶.

Esta tristeza, producida porque en la mente se trastoca en malo lo que es bueno, supone una falsa percepción de la realidad. No en pocos lugares Pieper ha hecho notar cómo este vicio se opone a la vida intelectual. Sin embargo, aunque sus consecuencias se hacen sentir en la esfera intelectual, su origen es afectivo. De hecho Santo Tomás de Aquino la trata en la Suma Teológica como un pecado contra la caridad. Pieper como la principal enemiga de la esperanza, que anhela obtener el bien arduo.

La explicación parece sencilla. La acedia supone en primer lugar aceptar la idea de un Dios que es egoísta (tal como sucedió con los primeros padres, que por incidencia del demonio, creyeron que Dios los engañaba). Esto produce una suerte de hastío que lleva a apartarse del bien, que ahora es percibido como un mal, acarreado la consecuente tristeza. Pero como el hombre no puede mantenerse mucho tiempo en la tristeza y rechaza como malo su auténtico bien, se esfuerza por evadirse del reposo, o sano ocio, que lo volvería a su auténtico ser, y mediante una insana curiosidad, busca obsesivamente huir de su propio ser, hundiéndose en las posibilidades que le sugiere el mundo, produciéndose la *evagatio mentis*.

“Esa inquietud del ánimo se manifiesta luego en el torrente de palabrería, en el descontrol y en las ganas de “escapar del recinto amurallado del espíritu, para derramarse en la pluralidad”, en el desasosiego interior, en la inestabilidad, en la imposibilidad de asentarse en un lugar y de decidirse por algo; exactamente en eso que se llama “curiosidad” insaciable⁷.

Claro que esta divagación de la mente se puede extender no sólo al ámbito intelectual. Cuando llega afectar lo profundo del alma se mani-

⁴ PIEPER, J., *Las virtudes fundamentales*, Bogotá 1988, 291.

⁵ *Ibidem*, 393.

⁶ SAN AGUSTÍN, *El Evangelio de San Juan*, Ed. Apostolado Mariano, Sevilla 1990.

⁷ PIEPER, J., *Las virtudes...*, op. cit., 291.

fiesta también en el modo de hablar (verbosidad), en la expresión corporal (inquiétude), llevando a la persona a una inestabilidad tal que no puede mantenerse por mucho tiempo en ningún lugar⁸.

Por eso se va pasando, de forma intermitente, de la tristeza o depresión, a la manía, en un intento desesperado por evadir inútilmente la vocación y reemplazarla por una ficción construida a medida. No sin culpa, lo que parece esmerada búsqueda, no responde a otra cosa sino a un progresivo apartamiento de la realidad. De modo que de la acedia se pasa, entre otras cosas a la incontinencia. Aunque, como bien lo hace notar Pieper, antes se pasó por la pusilanimidad, que es justamente la huida de los medios que conducen al fin, una especie de pereza o negligencia.

“La acedia es la muelle desgana del corazón que no se atreve a lo grande para lo que el hombre está llamado. La vemos actuar en aquellos momentos en que el hombre procura sacudirse la nobleza de su personalidad esencial, y sobre todo cuando le estorba esa filiación divina que a tanto obliga, paralizándolo todo con su flojera. Y lo que es vagancia que traiciona el propio ser se convierte luego en divagación. Por eso dice Santo Tomás que la pereza es “inquiétude errante del espíritu” (Mal. 11, 4.). Esta es su primera consecuencia. La segunda se llama desesperación; así lo entiende Santo Tomás, estableciendo una genealogía que es muy elocuente para que veamos todo el entramado de ese vicio”⁹.

No por nada la acedia se combate con el descanso en Dios. Este es el sentido más genuino de la Liturgia, que supone el bien espiritual, pero se manifiesta en los signos sensibles. La liturgia¹⁰ ordena, entre otras cosas, la sensibilidad que tanto destruye la acedia y que tantas consecuencias trae por la *curiositas* que engendra, cierta concupiscencia de los ojos, una especie de incontinencia espiritual (acompañada en algunos casos por otro tipo de incontinencias) que sólo se supera en la templanza.

“En ese proceso de asfixia, antes de que el mundo aparente suplante al de verdad y se haya perdido todo, es imaginable, al menos, una intervención de la templanza que, cortando de raíz el ansia alocada de sensaciones, ya no venga a moderar lo torcido, sino a proteger y defender lo defendible. La *studiositas*

⁸ *Summa theologica*, II-II, c. 35, a. 4, ad. 3.

⁹ PIEPER, J., *Las virtudes...*, op. cit., 291.

¹⁰ PIEPER, J., *La realidad de lo sagrado*, en *Antología*, Barcelona 1984.

quiere decir entonces que el hombre se opone con todas las fuerzas de su instinto de conservación a la fatal tentación de dilapidarse; que cierra a cal y canto el santuario de su vida interior a las vanidades atosigantes de la vista y del oído, para volver a una ascética y conservar, o restaurar al menos, aquello que constituye la verdadera vida del hombre: percibir otra vez a Dios y a su creación. Si la templanza consigue esto, viene luego la segunda parte, que es edificar un nuevo yo y un nuevo mundo, a la luz de esas otras dos verdades que se han recuperado¹¹.

Para adquirir la *studiositas*, virtud opuesta a esta insana curiosidad, no alcanza con un realismo metódico, sino que es necesaria una fidelidad vital, existencial a la realidad, pues de otro modo la actitud del intelectual semeja a ciertos neuróticos, de los que habla Pieper, que tienen superficialmente el deseo de curarse, pero en realidad nada temen más que la exigencia de lo que naturalmente se exige a una persona sana¹².

Es fácil caer entonces en esquemas y en un vano racionalismo, que sustrae de la obligación de tender hacia lo grande. Por ello la acedia es una humildad pervertida, una especie de tacañería interior.

Pero como la realidad no puede anularse, por este camino se anticipa la caída en un verdadero infierno. No pocos autores han teorizado acerca de la desesperación. Pieper señala a Kierkegaard, quien patentiza los avatares de este estado, que se caracteriza por el vértigo ante un abismo que se abre a los ojos. El desesperado contempla la grandeza del bien al que es llamado, pero lo ve como un mal, porque es divino y en su mente supone la anulación de su ser, que es la finitud. Atrapado en la dialéctica de lo finito vs. infinito, se aferra a su finitud que sólo puede ser el pecado, porque es lo único que él puede realizar sin que participe Dios, pero entonces ya está la culpa. De modo que queda encerrado en un círculo en donde la única salida es la desesperación¹³.

Pieper advierte: "desesperar es contradecirse, desgarrarse. En la desesperación el hombre niega a fin de cuentas su propio anhelo, que es indestructible como él mismo"¹⁴.

El constante sentimiento de tener al mundo en contra, propio de este estado, procede de la captación real de este alejamiento que tiene como

¹¹ *Ibidem*, 292-293.

¹² PIEPER, J., *Las virtudes...*, op. cit., 395.

¹³ "Puede compararse la angustia con el vértigo. Aquel cuyos ojos son inducidos a mirar en una profundidad que abre sus fauces, siente vértigo. Pero, ¿en dónde reside la causa de éste? Tanto en sus ojos como en el abismo. Así es la angustia el vértigo de la libertad. Surge cuando, al querer el espíritu poner la síntesis, la libertad fija la vista en el abismo de su propia posibilidad y echa mano a la finitud para sostenerse. En este vértigo cae la libertad al suelo. La Psicología no puede ir más lejos, ni quiere tampoco. En el mismo momento cambia todo, y cuando la libertad se levanta de nuevo ve que es culpable". KIERKEGAARD, S., *El concepto de la angustia*, Buenos Aires, 1943, 67-68.

¹⁴ PIEPER, J., *Las virtudes...*, op. cit., 392.

causa la necesidad que la persona se resiste a abandonar y por ello impugna burlonamente, a los ingenuos defensores de la realidad¹⁵. En realidad no es que el mundo está en su contra. Es él el que está en contra del mundo, o de su autor.

La acedia no sólo lleva a impugnar los bienes que causan tristeza, sino también a impugnar a las personas que los proponen. El rencor es justamente un rechazo que procede de esa huida del bien y de todo lo que le trae aparejado.¹⁶ Ese rencor, que es un último intento por descargar la ira contra los otros, a quienes se considera enemigos por evidenciar lo que ellos rechazan, degenera, cuando se hace prolongado, en auténtica amargura.

De modo que el abandono del bien más propiamente humano, que es el bien divino, no es algo accidental, sino que entraña una profunda deformación de la personalidad. Cada una de las hijas de la acedia es expresión de diversos síntomas que aunque a primera vista parecen incompatibles entre sí, o de la más variada extracción, proceden de una única causa, la tristeza.

Como este bien radica en la parte superior del hombre, quienes más expuestos están a caer en sus redes son los contemplativos. No por nada los monjes del desierto la tenían por su peor enemiga. Pieper advierte que puede ser también la peor enemiga de la filosofía, que es contemplativa¹⁷.

La esperanza es el remedio contra la acedia. Pero como el bien divino es sobrenatural, sólo la esperanza teológica encamina con firmeza al bien:

“La esperanza, sin embargo, se puede dirigir -en el orden natural- a un mal objetivo, sin que por eso deje de ser realmente esperanza. A la esperanza natural le falta lo que pertenece al concepto de virtud: *quod, ita sit principium actus boni, quod nullo modo mali*, que se dirija de tal modo hacia el bien que no pueda en modo alguno volverse hacia el mal (*Virt. Comm.* 2). Esta firmeza en la dirección hacia el bien le sobreviene a la esperanza, esto es claro, sólo cuando es obra de Dios y se dirige hacia él, es decir, cuando es virtud teológica”¹⁸.

¹⁵ Este tipo de actitud burlona ante todo lo que denota virtud, responde para Pieper, a una cierta ley demoníaca, según la cual lo bueno le parece al hombre, según el lenguaje, como algo ridículo: “En efecto, ¿por qué no han de existir, en un mundo descristianizado, unas leyes lingüísticas demoníacas, merced a las cuales lo bueno le parezca al hombre, en el lenguaje, como algo ridículo?”, *Ibidem*, 15.

¹⁶ *Summa theologiae*, II-II, c. 35, a. 4, ad. 2.

¹⁷ PIEPER, J., *El ocio y la vida intelectual*, Madrid 1979, 45: “El ocio es una forma de ese callar que es un presupuesto para la percepción de la realidad; sólo oye el que calla, y el que no calla no oye. Ese callar no es un apático silencio ni un mutismo muerto, sino que significa más bien que la capacidad de reacción que por disposición divina tiene el alma ante el ser no se expresa en palabras. El ocio es la actitud de la percepción receptiva de la inmersión intuitiva y contemplativa en el ser”.

¹⁸ PIEPER, J., *Las virtudes...*, op. cit., 377.

De modo que sólo el filósofo cristiano, suficientemente advertido por la tradición que lo respalda y por la caridad que lo sustenta, es el que tiene, cuando es fiel a la gracia, las herramientas para luchar contra tan peligroso mal. La acedia es un vicio que corrompe sobre todo la afectividad humana. La vida contemplativa, propia también del filósofo, es sobre todo afectiva, porque es gozarse en la contemplación del bien divino y de la realidad que de Él procede.

Por eso el principal remedio contra la acedia es el ocio, pero no cualquier ocio, sino el descanso en el bien divino, que es el bien más propiamente humano.

Pieper nos enseña que la vida intelectual no puede estar desconectada de la vida espiritual, que nos vuelve a nuestro más profundo ser, que nos proporciona el más auténtico realismo y que nos conduce finalmente a Dios.

Por ello entre los méritos que hay que reconocerle a este gran pensador de nuestros tiempos, es el de haber sido un auténtico filósofo cristiano, que encontró en el seno mismo de este pensamiento las respuestas más elocuentes a los dramas contemporáneos, que no rehuyó de la tradición para hablarle al hombre de hoy. Que tenía la convicción de lo acertado de aquellas palabras de San Agustín en el hombre interior habita la verdad¹⁹.



¹⁹ SAN AGUSTÍN, *La verdadera religión*, c. 39, n. 72.